

Román
Antopolsky

Multitud
entre
veredas



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Román Antopolsky

© Román Antopolsky, 2023
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2023

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798878978781

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Autobiografía

*...la muerte y el saber son,
apenas, un ensayo de vida*

ALDO OLIVA

Por obra de la obra, la obra no termina. Es que queda todo por decir. Pero la vida es dicha de muchas maneras. Una de las cuales es la escritura de esa vida, la biografía. Que, digámoslo, llega un punto en que emerge de modo, diríamos, ineludible: entonces la vida se escribe; son las vueltas de la vida. Ahora, ¿quién no habría de sumarse a creer, a estas alturas, que la vida, tan llena de avatares, proezas y altibajos, no hace sino esto, es decir, escribirse, en vida, escribir ella misma su vida? De aquí nuestra autobiografía: una biografía que se escribe a sí misma. Una autoescritura, autografía, por escrito, escrito que, dicho sea de paso, no puede sino asignarse un heterónimo, de alguien que a su vez es quien vive. Pero, en fin, y así y todo, biografía al fin. ¿De quién? De alguien otro. Del nombre. El que nunca es la vida sino el que se desvive en escribirla.

Y hete aquí que la vida se autoescribe, sí, pero con esto no decimos que se describe. La autobiografía no es una descripción que la vida hace de sí misma en nombre de otro. Más bien lo que en nombre de otro se escribe en vida sobre su vida. ¿Pero quién es este

“su”? ¿El nombre del que escribe, la vida que escribe su vida? Aquí llegamos entonces adonde la vida nos pone. Nosotros vivimos la vida. Y que el lector que nos lea busque él a qué alude esto.

Lo que nos lleva a las fuentes de la vida. Pensamos en la espontaneidad, y en la eternidad, tan cruciales en toda vida, que tanto entrecruzan los eventos de la vida: son lo que la vida no escribe. La vida comienza a escribirse yendo a su memoria heterónima. Lo que saca lo saca de allí. Ahora la memoria es una escritura. Era la plataforma surcada por rastros. La superficie con el surco más profundo: es la cara sin rostro y en ella el rastro sin sima. La biografía escribe espontáneamente, desde la memoria. Se escribe desde otra escritura. Ahora, ya, lo que gobierna la escritura de la autobiografía, la memoria, es ella misma escritura. Pero peor. La memoria es eterna, no porque no termine sino porque no tiene comienzo. La memoria se escribe eternamente, escribe para la eternidad – la memoria eterna, entera.

Ahora algo hay claro. El otro, el que dice escribir su vida, el que dice recordarla, al menos, en algún punto de su vida, muere. Lo cual es triste. Es cierto. Pero con ello no se lleva la vida consigo. Ni la escritura. Sí la memoria. Con él, con el nombre heterónimo de la vida, muere la escritura que no se escribe a sí misma, muere la memoria. ¿Qué más queda a la vida, huérfana ahora, sino que la lean? Incluso cuando el heterónimo agonizaba y la vida escribía que el heterónimo, hete aquí, decía “me moría”, incluso allí, la vida estaba bien viva. Pero muerta la memoria, esa

vida solamente puede ser leída, la autobiografía pasa a ser una autobioanagnosis. En *anagnosis*, una de las primeras palabras que quería decir “leer” lo escrito en vida, que asimismo quería decir “reconocer”, se percibe claramente una materia del saber, *gnosis*. No nos sorprende que leer la vida que se autoescribía es una práctica presente que olvida.

Borges muere

Si el fuego nos está deparado a todos, también tú has de arder.

FARID-AL-DIN 'AṬṬAR: *La lengua de los pájaros*

Bien habría estado que mi nombre fuera Dahlmann, o Fierro. O incluso Zunz. O si no bien, quién sabe, al menos curioso. ¿Por qué digo bien? No lo sé. Quizá hubiera sido mejor haber dicho *mejor*. En cuanto al mío, mi nombre, veo que no viene al caso. Soy investigador. Me contrataron con un propósito, e imbuido de él arribo aquí a contar brevemente y sin ímpetu borgiano (¿por qué ímpetu? no parece acaso a veces que lo borgiano se presenta con una especie de furia contenida...) precisamente acerca de la muerte de Borges.

Seguramente pocos olvidaron lo ocurrido, o más bien quienes lo desconozcan nunca lo supieron. Viernes 13 de junio de 1986, Borges, como de costumbre, recibe varios llamados. Iba a no atender, según su fiel empleada, Fani. Su flamante esposa aún se encontraba de viaje en Europa. Estaba particularmente ansioso y dolorido. De los seis llamados que recibió ese mediodía en Maipú al 994, uno mencionó; se trataba de otra visita que había de esperar mañana a la tarde. Fani le dice que es sábado y debe ir a ver a su hija. Él le promete no acompañarla.

Borges recibía a todo aquel que llamara, irreflexivamente, como si se tratara de un encuentro ya acordado. Ese sábado, según el conserje del edificio, alguien vestido con grueso sobretodo negro y sombrero azul, anteojos oscuros, y de paso rápido subió por ascensor al sexto piso, llamó a la puerta del departamento B y entró. El resto es historia sabida. El cuerpo de Borges es hallado esa noche en su dormitorio brutalmente asesinado. Había sido golpeado en el abdomen, y sorprendentemente repetidas veces en la espalda, con hematomas que la cubrían desde los omóplatos hasta la cintura. El rostro estaba tajado, al menos ocho cortes atravesaban la frente y los pómulos y partían los labios en tres partes. Los cortes habían sido infligidos al cuerpo ya sin vida, pero no los golpes a la espalda. La cadera fracturada era producto de su inmediata caída tras la golpiza primera al abdomen. Borges, prócer en vida de las letras argentinas, quien titubeaba asertivamente, autor de los textos que lo escribieron a él, es muerto con violencia. No encuentra la muerte sino que le es dada, aplicada en el cuerpo como una ropa o la incisión de una estampa.

El país se sume en luto; muerto como quien maltrata un libro. Su homicidio nunca alcanza a esclarecerse. Por años se creyó que el asesino era un admirador ofendido o alguien espoleado por sus posturas políticas, la decisión del escritor de permitirse descaradamente ser de derecha cuando la realidad llamaba a recapacitar en lugar de sorprender. Sea como fuere, y sea quien fuere, el crimen quedó irresuelto. Veinte años luego todo sigue igual, pero la adquisición en

subasta de una serie de primeras ediciones suyas por parte de un coleccionista anónimo, ha puesto en circulación un puñado de notas conservadas en ellas que arrojarían si no cierta luz al menos una supuesta pista en la mención de alguien, desconocido, que quizá acosaría a nuestro escritor. Se trata principalmente de dos líneas que aparecen escritas en vertical en el margen de dos textos de *El informe de Brodie*. Borges ya estaba ciego cuando dictó su libro, pero su hábito de incluir correcciones o enmiendas en sus textos publicados continuaba siendo la misma. Las notas fueron escritas por su madre, pero suponemos sin muchas dudas que se las comunicó su hijo. La primera rezaba *¿de cuerpo entero?*, e iba insertada inmediatamente al costado de “hizo llamar a otro oficial” en el cuento “El indigno”. Esto ocurre en el departamento de policía donde el protagonista, Santiago Fischbein, va a delatar la trama de un robo en el que tomará parte. La otra está al final de “El duelo”, el cuento de las dos pintoras que se propinan cuadros una a la otra como si se enviaran correspondencia en contienda. La última línea decía: “la historia que se movió en la sombra acaba en la sombra”, y la nota adyacente, escrita en paréntesis, decía: *(como terminará la persona que me mira)*.

Ninguna de estas consignas parece develar nada. Ni siquiera parecen hacer referencia a alguien que podría estar acosando a nuestro escritor. Lo que sí cuenta como sorprendente, sin embargo, es su ubicación en los relatos. Es decir, no se corresponden en nada con ellos. O eran apuntes que su madre anotó que él pensaba retomar para un relato ulterior, o sen-

cillamente se trataba de comentarios “al margen” que inadvertidamente hizo a medida que su madre le releía los textos, lo cual sí nos llevaría a intentar imaginar sus motivos. Aun así, y como dije en su momento cuando me mostraron este material, esto no aporta elemento alguno para elucidar el homicidio. Pero mi anónimo empleador insistió. Visité el departamento, vi fotografías, consulté con gente. Viajé a Ginebra, a Londres y a Basavilbaso. Y también, tengo que decir, leí, mucho más que lo que me trasladé.

Sin embargo nada de importancia por entre todo ello emergió. Veía y reveía lo que había anotado en semanas de viajes y encuentros. Cuando miraba las notas una y otra vez reparaba en el trazo de tinta y lo irregular que resultaban. Después de muchas tardes en que buscar algo, extraer algo de todo ello, algo que necesariamente no estuviera escrito, que surgiese de las notas como por arte de magia, me di cuenta que reparaba en realidad en palabras, una y otra vez las palabras se repetían. En diferentes contextos. Bajo diferentes significados. No sé a su vez si esto se pudiera llamar borgeano, no lo sé. Lo que me ocurrió pensar en ese momento fue que en última instancia había dos lados, dos orillas. En una, una cantidad finita, acotada, de elementos que se repetían. Eran letras, siempre las mismas, que se combinaban en palabras. Eran palabras, siempre las mismas, que se combinaban en frases. O ideas, que una y otra vez resurgían en maneras de entender algo. En la otra orilla, está eso que no se repite, eso que no es un elemento. Que no es la letra, ni la palabra, ni la frase, ni la idea, ni, en fin, ningún

número, nada que se pueda contar. Era como un polo, que en toda instancia aparecía, un polo infinito, de infinitud, que nunca desaparece pero que es sólo una dirección inestable. Es más, mientras pasaba el tiempo en el departamento de la calle Maipú, una tarde tomé un libro muy vistoso y pronto leo por entre las primeras páginas que entre los sunitas del islam, los sufíes creyeron o creen aún que en el mundo hay siempre un santo que es el eje, el polo que mantiene el orden del cosmos, pero que su identidad es desconocida. ¡Un sostén incógnito! Sí. La inminencia que no se produce.

Esto colmaba mis especulaciones. En la medida que nada nuevo dejaba de ocurrir, el cuerpo de Jorge Luis Borges se iba tornando en un elemento agotado que señalaba solamente en una dirección, a sí mismo. Ese cuerpo que podía seguir viendo en fotografías, mutilado, que como mucho suscitaba datos, yacía muerto a cualquier develamiento; un signo que se revela vacío, al menos de momento; sin señalar nada. Como una palabra sin etimología, uno sabe que el origen está pero la palabra no lo indica. Así iba hundiéndome en la inmovilidad. Pensé por primera vez de maneras muy distintas al mismo tiempo. Hasta se me llegó a ocurrir que podía quizá haber sido yo. Consulté con mi madre, mis hermanos. Me disuadieron. Pero lo más frágil seguía siendo el cuerpo.

De poca ayuda resultó la viuda. Cuando al fin concerté un encuentro quedé simplemente colmado por fotos, y era que todas eran un elemento estático más, en donde ambos parecían invisibles. Luego pasó a explicarme de sus sesiones espiritistas y las señas de

ultramundo, siempre con algún impecable atuendo. Ahora la resurrección de la carne es atendible, pero la de la ropa ya no. Un derroche de imaginería.

La intuición a la que arribé ocurrió en la calle Maipú, nuevamente de la mano de un libro. Había tomado uno que era grande, de color gris con un mapa en la tapa y que tenía nombre de poema sinfónico, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de un autor con nombre igual de largo, Ezequiel Martínez Estrada. Borges lo nombró en algún lado. Hojeaba el comienzo, y luego leí: “Y él mismo deliberadamente, adoptó una actitud fiel a su formación espiritual, proponiéndose la inferiorización sistemática de su Obra, no para disminuirla sino para que tomara contacto con la tierra y consigo, donde encontraba su fuerza. La palabra ‘ignorante’ (que nos pertenece, según el anagrama de ‘argentino’ que Sarmiento descubrió) es la que corresponde aplicar a este hombre de genio.” Cerré el libro y de inmediato pensé en los ignorantes en Borges dados como deliberadamente argentinos. Era un novedoso juego, una combinación de letras que al mismo tiempo limitaba y expandía la instancia de las palabras discretas.

A la tarde siguiente volví y me senté en el mismo sofá amarillo duro. Reveía las fotos mientras oía llover afuera. La lluvia sucede en el pasado, y el oído oye de más. Busqué en Borges mismo un anagrama que destrabara su nombre. Comencé a hacer una lista de las combinaciones y solamente di con el plural de “gerbo”, un roedor que cuando se para parece un canguro en miniatura – en vano. Lo mismo con Georgie: “egregio” (de Francisco sale “confiscar”). Pero al anotar Jorge

Luis en el papel no pude evitar pronunciar el agregado de nombres en voz alta. Y empecé a garabatear la lista hasta que llegué. Era difícil no sorprenderse: “jilgueros”. ¿Jilgueros? ¿Dónde había jilgueros?

Los pájaros vuelven. Más que parten. Nunca de a uno. ¿Podría querer esto decir nada? Esa noche en casa volví al libro que yo conocía más cercano a Borges muerto, *El informe de Brodie*. En el décimo cuento lo leí, en *El evangelio según Marcos*. El relato cuenta las sucintas pasiones de Espinosa, un joven que a todo decía sí, sin consentir en nada y más bien siéndole imposible dejar de asentir. En una ocasión viaja a la estancia de un primo. Una vez allí, el primo debe ir brevemente a la ciudad a atender negocios. Él se queda. Se desata un temporal. Antes de la lluvia había aprendido a distinguir los pájaros por el grito. Ahora llueve al punto de anegarse, y Espinosa queda aislado en el casco junto al capataz de la estancia, su hijo y su hija, los Gutres. Pasa el tiempo. Solo con los Gutres, al fin termina leyéndoles el evangelio de Marcos de una biblia inglesa que encuentra en la casa. Los Gutres eran analfabetos y apáticos. Ignorantes de casi todo, y porque no eran capaces de explicar o referir lo que sabían, ignorantes asimismo de lo que sabían. Él les traducía simultáneamente al español al leer, de pie ante los tres como predicador o patrón. Les leyó el texto dos veces. Los Gutres, ignorantes y sangrientos, al fin ejecutan la lectura. Lo miman. Preparan la cruz. Lo conducen a campo abierto. Lo último que pensó fue el ave: “Espinosa entendió lo que le esperaba del otro lado de la puerta. Cuando la abrieron, vio el firmamento. Un pájaro gritó; pensó: Es un jilguero.”

Cerré el libro. Allí el cuento indicaba el futuro sacrificio y se cerraba. No era suficiente como respuesta, pero el nombre, el pensamiento y el grito se habían soltado. La muerte está escrita. De aquí que la escritura sea obra del tiempo. Afuera, desde la ventana tras el sofá amarillo, oía el grito de pájaros. Me fijo, para corroborar la infalible muerte, en el alféizar: dos jilgueros, inconfundibles, amarillos, con todas sus letras.

ÍNDICE

Autobiografía / 7
Borges muere / 10
Coram / 18
Cuarentaiocho / 20
¿Dónde? / 23
El arte de dar / 24
El arte de dibujar / 25
En ruta / 26
Encuentros unisex / 27
Imanes / 31
Jeroglífico / 34
La abstracción del teatro / 38
La propiedad del hombre muy dulce / 41
La vía gongorina / 43
Los días contados / 44
Los viajes / 46
Multitudes / 48
Tinta en boca de eros / 50
EL LOGRO, POR MARTÍN ALBIGENS
Prólogo a la quinta edición / 55
Prólogo a la cuarta edición / 58
Prólogo a la tercera edición / 65
Prólogo a la segunda edición / 72
Prólogo a la primera edición / 78

Nota a la traducción / 86

Fe de erratas / 90

LA CONTAMINACIÓN / 91

SEIS RELATOS DE SERGEY ALBIGENS / 99

UN BOTIQUÍN LLENO DE LUJOS

La traición del entorno / 113

Los velos / 115

Urano en Neptuno / 117

De cepa volátil / 118

Sí / 120

Vías opuestas / 121

Afuera y adentro / 122

La excusa en la mesa / 123

Tiempo hosco / 125

La mano comilona / 127

Trebejo al trabajo / 128

En torno a la acción / 130